



Universidad de la República
Facultad de Psicología

Trabajo Final de Grado

Duelo en la Infancia

Tutora: Prof. Agda. Andrea Bielli

15 de Febrero del 2019

Estudiante: Florencia Calero

Montevideo, Uruguay

C.I: 5.121.274-9

Índice

Introducción.....	4
Cap. 1- Diferentes perspectivas acerca del duelo	5
1.1- Perspectiva sociológica de la muerte y del duelo	5
1.2- Perspectiva psicológica del duelo	7
1.3- Perspectiva histórica del duelo: Una ausente en Freud.....	9
Cap. 2- Teoría freudiana del duelo y sus reconsideraciones	10
2.1- Trabajo de Duelo	10
2.2- Reconsideraciones de la teoría freudiana del duelo	11
2.2.1- Aportes de Melanie Klein y Lacan acerca del duelo	12
2.2.2- Aportes de Allouch sobre el trabajo de duelo: ¿Prueba de realidad?, ¿Sustitución de objeto?	14
Cap. 3- Duelo en la Infancia.....	15
3.1- Trabajo de duelo en la infancia	17
3.2- Duelo en la infancia: ¿Sano o patológico?.....	20
3.3- Dolor psíquico en la infancia.....	21
Cap. 4- Los adultos ante el duelo de un niño, e importancia del sostén familiar	21
4.1- Duelo por figuras parentales	24
Conclusión	27
Referencias	30

Resumen

En la presente monografía se desarrollará la temática de duelo en la infancia, con el objetivo de abordar las posibilidades que tiene el niño de elaborar la pérdida de una persona amada, así como también la manera en que dicha pérdida se juega en su estructuración psíquica.

El abordaje del tema se hace desde la perspectiva psicoanalítica, que tiene como punto de partida la teoría sobre el duelo planteada por Freud en *“Duelo y Melancolía”*. Siendo así se delinea dicha teoría y los aportes y reconsideraciones que otros autores han hecho al respecto. Así como también se esbozará la perspectiva social e histórica del duelo.

A partir de la revisión bibliográfica del tema se pudo evidenciar que en el proceso de duelo en la infancia, el acompañamiento de los adultos del entorno del niño juega un papel crucial para la elaboración de la pérdida. Dicho acompañamiento es importante ya que la elaboración del duelo se va a ver favorecida u obstaculizada según la actitud del entorno familiar, entorno del cual el niño aprenderá el manejo de sus afectos.

Palabras Claves: Duelo, Infancia, Pérdida

Introducción

“El proceso de duelo va unido al tiempo de elaboración y al espacio de la simbolización”.

(Ihlenfeld de Arim, 1998)

Algunas de las cuestiones que se presentan poco dilucidadas del duelo en la infancia, tienen que ver con que el duelo en dicho momento vital reviste un entramado diferente al vivenciado en la adultez, dado el estado de constitución en que se encuentra el psiquismo del niño, su dependencia del entorno, y la potencial incidencia de éste último y de los acontecimientos que en éste tengan lugar en la estructuración psíquica del infante, ya que por encontrarse en estado de constitución se presenta más permeable a las influencias del medio.

Abriendo lugar esta problemática a interrogantes como: ¿Es posible la elaboración del duelo en la niñez?, ¿Cómo?, ¿Cómo podría incidir la pérdida de un ser querido en un psiquismo en estructuración?

En lo que a estas conflictivas planteadas concierne, pudo evidenciarse las perspectivas de distintos autores, que plantean el proceso de duelo en la infancia como diferente al transitado en la adultez. Apuntando a una elaboración del duelo, pero no de acuerdo al “trabajo de duelo” descrito por Freud, sino a un proceso en el que va a tener un papel primordial el acompañamiento y sostén por parte del entorno del niño. Al respecto de dicho sostén se encuentran diferentes conceptualizaciones según cada autor, apuntando en general a un sostén de la exigencia de trabajo psíquico que el duelo implica para el niño, así como también a la importancia de lo que le es transmitido respecto al hecho de la pérdida, como forma de favorecer u obstaculizar la elaboración de la misma; planteándose que lo que se le dice al niño respecto a la pérdida y cuando se le dice, va a interferir en el proceso de duelo.

Siendo así, se plantea la dificultad que el infante va a encontrar para realizar en solitario el proceso de duelo, dada sus condiciones psíquicas. Es decir que el tránsito por dicho proceso dependerá además del momento de la estructuración psíquica en que el niño se encuentre cuando ocurre la pérdida.

Es así que el desarrollo del proceso de duelo en la infancia, es decir la elaboración y simbolización de la pérdida, dependerá en gran medida del posicionamiento simbólico del entorno del niño y de las representaciones que le sean transmitidas.

A continuación se presentará un recorrido por la teoría del duelo en general, desde la perspectiva psicoanalítica, con gran influencia de los aportes freudianos, así como también un esbozo del abordaje que hacen otras disciplinas respecto al duelo. Para luego abocarnos al duelo en la infancia, a través de distintos autores, desde la perspectiva psicoanalítica.

Cap. 1- Diferentes perspectivas acerca del duelo

1.1- Perspectiva sociológica de la muerte y del duelo

La muerte de acuerdo con Kubler Ross (1974) es un tabú, dado que inspira miedo y respeto. Dicho miedo a la muerte, es entendido como universal; es decir que personas de diferentes culturas y religiones comparten en cierto grado este temor, diferenciándose por los rituales que usan y por el grado de negación hacia la muerte.

Como expresan Veil & et.al (1974), la negación de su carácter definitivo ha llevado a elaborar sistemas defensivos para modificar una realidad inaceptable. El ocultamiento que se pretende desde las sociedades respecto a la muerte, ha contribuido a su temor, siendo otra manifestación de dicho ocultamiento la abolición de los duelos; dado que el luto en su carácter de poner el dolor de los supervivientes ante el mundo y de impedir que se olvidara rápidamente al desaparecido, ya no es aceptado, desapareciendo así, en la actualidad algunos signos exteriores de duelo.

Asimismo, lejos ha quedado la época en que la muerte, como expresa Ariès (2018), era una gran ceremonia casi pública, predominando en la actualidad un rechazo al “estar de luto”. Este rechazo a la muerte, el cual este autor denomina “muerte invertida”, implica también un rechazo y exclusión del duelo. Siendo a mediados del siglo XX que en occidente, las manifestaciones públicas del duelo, así como también su expresión privada demasiado insistente y lánguida, se comienzan a considerar morbosas; mientras que para los psicólogos lo morboso es la represión del duelo. En

lo que a ello concierne, en casi todo occidente, el dolor causado por la muerte de un ser querido, no ha de manifestarse en público. Respondiendo este rechazo no a la frivolidad de la familia del muerto, sino a la adopción por parte de ésta de una conducta discreta, que la sociedad exige, siendo que se niega a participar en la emoción del enlutado.

En este sentido, Vincent (cit en Bacci, 2017) plantea que en las sociedades occidentales se ha dado un corrimiento de la muerte respecto a los espacios de la vida cotidiana de los sujetos. Siendo así en estas sociedades no existen los rituales colectivos que ayuden a dar sentido y procesar la pérdida, y si los hay son vacíos de contenido simbólico. Por lo tanto se encuentra la supremacía de lo individual e imaginario por sobre lo simbólico. Entendiendo este autor, que el sentido que la muerte tenga para la colectividad definirá y posibilitará los tipos de duelo que la sociedad pueda habilitar.

De acuerdo con Raimbault (2008), el carácter de tabú que la muerte ha adquirido se evidencia además en el manejo que se hace del tema con los niños, como si se tratase de un secreto que no se puede compartir, evitándose llevarlos a las ceremonias, alejándolos de la realidad, argumentando que “no se dan cuenta”, lo cual contribuye a desestimarlos, enajenarlos y desconocerlos; en este sentido ante los niños se hace como si la muerte fuera a ser vencida y como si no nos afectara, sobre todo a ellos.

En relación a lo antedicho, Fulton (1974) expresa que en la sociedad prevalece una actitud hacia la salud y un culto a la juventud que ha contribuido a desarrollar una actitud de aversión hacia la muerte y todo lo relacionado con ella. En este sentido la concepción misma de la muerte ha ido cambiando a lo largo de los siglos: se pasó de un ideal de muerte basado en la existencia de un tiempo para que el moribundo pudiera prepararse, arrepentirse y poner en orden ciertos asuntos, a un ideal caracterizada por la ausencia de sufrimiento y lo repentino e inmediato del acto de morir. Al respecto Gorer (1955) expresa que en el siglo XX la muerte se ha convertido en un innumerable en tanto proceso natural, no admitiéndose la pena ni el luto; él habla de una pornografía moderna de la muerte, en tanto que innumerable contribuye a la construcción de una fantasía de dominio privado, lo que la constituye en un tabú.

De acuerdo con Folta y Deck (1974):

La muerte no es un fenómeno unidimensional, sino que comprende, al menos, tres aspectos: la muerte como proceso, es decir, como agonía; la muerte como acto, el acto final del hombre; y la muerte en cuanto a las

consecuencias que entraña, como fenómeno metafísico que supone el final o el principio para el fallecido y duelo para los supervivientes. (p.56)

En esta línea, dichos autores plantean que el duelo no implica solo una pérdida personal, sino también colectiva, una pérdida del grupo, un cambio en el mismo. Es decir desde lo personal se da una pérdida psicológica, que implica el hecho de perder al difunto, en tanto que desde la perspectiva del colectivo, se da una pérdida sociológica, dada por el hecho de perder a otros seres vivientes. En este sentido la muerte altera el sistema de interacciones sociales de los grupos, de los cuales el difunto formaba parte, dándose una alteración de los roles y de las posiciones de los demás miembros, requiriéndose en tal sentido una reorganización del mismo, dado que nadie mantendrá su rol igual y que las relaciones cambiarán su efecto y contenido; modificándose así las dimensiones personales e interpersonales del grupo. La amenaza que la muerte implica para el mantenimiento de la cohesión del grupo, va a depender de la importancia que tenga el fallecido para el mismo, aumentando la desorganización en la medida en que la pérdida afecta a un mayor número de personas; en este sentido la manera en que un individuo reaccione ante la muerte de otro va a depender de su estado, rol y función con respecto al difunto.

Folta y Deck (1974) hablan también del síndrome de viudedad, que implica el extremo desamparo y pesar, e incluso muerte prematura o pérdida de seres vivos, dada por la entrega que el individuo había tenido hacia el otro, ahora fallecido, muriendo junto con esta esa parte de sí, por lo cual el individuo experimenta también la pérdida de esa parte del Yo que había entregado al difunto.

1.2- Perspectiva psicológica del duelo

A continuación se esbozará la perspectiva psicológica del duelo, la cual se encuentra influenciada por los aportes del psicoanálisis y en particular por Freud, siendo que el pretendido abordaje del tema se hará desde esta perspectiva.

El concepto de duelo refiere tanto al modo en que una comunidad aborda la temática de la muerte, como a la dimensión más particular en que sus fenómenos se expresan, en la singularidad de cada individuo (Apolo,2011).

El duelo es una de las experiencias más frecuentes en la vida del ser humano, ya que, desde el nacimiento se inicia un recorrido de acercamiento y separación de los objetos del mundo; lo que será central para la constitución de su subjetividad, en tanto el sujeto se constituye como tal en la interacción con un otro, con su entorno social. De acuerdo con Ihlenfeld de Ariam (1998) el transitar el duelo se vincula a las posibilidades de elaboración y cambio, pero también va a remitir a la cadena de duelos precedentes que han marcado al sujeto como ser individual.

En este sentido, las circunstancias de la vida nos van enfrentando a pérdidas que son del orden de lo contingente, y pérdidas que son del orden de lo necesario las cuales posibilitan un cambio de posición subjetiva, por ejemplo: la pérdida del cuerpo de la niñez, los padres de la infancia, etc. Siendo así, un sujeto puede perder diferentes objetos a lo largo de su vida, pero sólo aquellos que tiene privilegio narcisista lo hundirán en un duelo (Apolo, 2011).

De acuerdo al origen etimológico del término duelo, que proviene del latín dolus (dolor) y duellum (desafío), puede decirse que el duelo es pena, aflicción, dolor psíquico, pero también es un desafío para el sujeto. En tanto el proceso de duelo implica un trabajo para el aparato psíquico, a efectos de que el sujeto re-introyecte en su Yo las diferentes modalidades vinculares con el objeto perdido y renuncie a éste, ya sea con mayor o menor éxito.

Considerando a Rimbault (2008), el duelo abarca además las manifestaciones exteriores de la aflicción, producida en el sujeto tras la pérdida de un ser querido, como lo son las ceremonias, los atuendos, etc. Aunque dichas manifestaciones han tendido a desaparecer, y la expresión “hacer duelo” se ha extendido para hacer alusión a otras pérdidas o renunciaciones (pérdida de un ideal, de un proyecto, etc.); conjugándose en una misma expresión, pérdidas de diferentes naturalezas, ya sean estas del orden de lo imaginario, de lo simbólico, o de lo real.

Esta alusión del duelo, a pérdidas de diferente naturaleza y no solo a la de una persona amada, puede evidenciarse también en la definición que Freud da en “*Duelo y Melancolía*” (1917), donde define al duelo como: “(...) la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.” (p.241), en este sentido el “etc.” marcaría la posibilidad de incluir bajo el dominio del duelo a otras pérdidas.

Tomando en cuenta dicha definición, el duelo no es considerado un estado patológico, a pasar de que conlleve grandes desviaciones de la conducta normal,

definiéndolo el mismo Freud como un afecto normal, creyéndose inclusive inoportuno o dañino perturbarlo. En este sentido, se propone la necesidad de un trabajo para el duelo y de un tiempo para su elaboración.

De acuerdo con Freud (1917), el talante dolido del duelo se acompaña de una falta de interés por el mundo exterior, es decir por aquello que no recuerde al muerto, incapacidad para escoger algún nuevo objeto de amor en remplazo del llorado, e imposibilidad de llevar a cabo cualquier trabajo productivo que no se relacione con la memoria del muerto. Este angostamiento e inhibición del Yo, evidencian la entrega total al duelo, que no deja lugar a otros intereses y propósitos. Siendo así, sólo a partir del cumplimiento del trabajo de duelo, el Yo se vuelve otra vez libre y desinhibido.

1.3- Perspectiva histórica del duelo: Una ausente en Freud

Las teorías psicológicas sobre la muerte y el duelo, en general, y particularmente la teoría de Freud acerca del duelo, se caracterizan por estar centradas en la vinculación del sujeto con la muerte, sin considerar la incidencia de las variables socio-culturales e históricas en dicho acontecimiento.

En ese sentido va una de las observaciones que se le hace a la teoría freudiana del duelo, es decir en la ausencia de una perspectiva histórica del mismo, y la no consideración de la función del público en la muerte. Al respecto, Gorer (cit en Allouch, 2011) expresa que si bien la aflicción es una experiencia psíquica personal y el trabajo de duelo una cuestión psicológica, éste último se va a ver favorecido u obstaculizado por la manera en que la sociedad en general trate a quien está de duelo. En este sentido plantea que la noción de “trabajo de duelo” de Freud, la cual será trabajada a continuación, ha instaurado la ausencia del rito, y el aislamiento de quien está de duelo.

En esta línea, Ariès (2018) expresa que los psicólogos describen la muerte de un ser querido como: un desgarramiento, que curará naturalmente en la medida que no se haga nada que pueda retardar esa cicatrización; como un hecho natural que provocaría en los más allegados un traumatismo, el cual solo una serie de etapas permitiría curar; siendo importante para el atravesamiento de éstas la ayuda de la sociedad, ya que el enlutado no tiene la fuerza para hacerlo solo.

En contraposición a lo planteado por estos autores, en la actualidad la intervención del público en el duelo ha perdido ese sentido, siendo su función la prohibición de toda manifestación pública respecto a éste. Desde el momento en que la muerte ya no es un acontecimiento social, tampoco es subjetivable, en parte porque se ha tendido a una problematización de la muerte del “otro”, es decir, a protegerlo, conformándose el “ya no sentirse morir” en la muerte ideal. En este sentido la versión freudiana del duelo, pone el acento en la muerte del otro y la plantea como una cuestión entre “tú y yo”, pasando por alto lo social y la función del ritual, e incluso el complejo de Edipo no tiene lugar en “*Duelo y Melancolía*” (Allouch, 2011).

Cap. 2- Teoría freudiana del duelo y sus reconsideraciones

2.1- Trabajo de Duelo

En principio cabe destacar que si bien Freud en “*Duelo y Melancolía*”, no pretendía teorizar acerca del duelo, sino que, a partir de éste explicar la Melancolía, dicho artículo terminó convirtiéndose en un modelo explicativo para pensar el duelo y las pérdidas en general. En virtud de ello, es a partir de explicar el cuadro clínico de la melancolía que Freud desarrolla la idea de trabajo de duelo, que se abordará a continuación.

Considerando a Freud (1917), el trabajo de duelo consiste en que el examen de realidad que muestra al sujeto que el objeto de amor ya no existe, lo induce a quitar toda la libido de sus enlaces con ese objeto. Oponiéndose a ello una comprensible renuncia, ya que, ningún sujeto abandona gustosamente una posición libidinal, ni aun cuando ya asoma un sustituto. Esta renuncia puede alcanzar tal intensidad que produzca un extrañamiento de la realidad y una retención del objeto mediante una psicosis alucinatoria de deseo, o de lo contrario el Yo se deja llevar por las satisfacciones narcisistas que le da estar con vida y desata su ligazón con el objeto perdido. En este sentido, el desasimiento de la libido se va consumando en la medida en que se vayan clausurando los recuerdos y expectativas, en que la libido se anudaba al objeto perdido. Dicho acatamiento a la realidad no se realiza enseguida, sino que se da pieza por pieza, con un gran gasto de tiempo y de energía de

investidura. Mientras se ejecuta este acatamiento, el sujeto incorpora rasgos del objeto amado en el afán inconsciente de retenerlo, y el objeto perdido sigue existiendo a nivel psíquico. Esta existencia no es en términos de reencuentro definitivo con el objeto perdido, sino que refiere al lugar donde el objeto no está perdido, es decir que continúa existiendo a nivel psíquico. Siendo que el Yo va a liberar su libido del objeto perdido y va a reconocer su inexistencia, cuando finalmente se haya cumplido el trabajo de duelo; quedando así la libido disponible para investir otros objetos, y dando lugar además a la sustitución del objeto perdido, presentándose el objeto sustituto como igual al objeto perdido, en tanto le otorgara al sujeto las mismas satisfacciones que éste le otorgaba. Es decir que solo la reinvestidura del objeto, que en verdad es uno solo, ya que libidinalmente es el mismo, prueba para Freud la culminación del duelo, y por consiguiente la re-existencia en la realidad del objeto perdido. Refiriendo el proceso de duelo no solo a la sustitución del objeto perdido sino también a una transformación en el vínculo con éste, relanzando así las relaciones con los objetos del mundo.

Es pertinente destacar que si bien Freud en 1917 habla de la sustitución del objeto perdido, en 1929, en una carta que le escribe a Binswanger por motivo de la muerte de su hija, reconoce que el duelo no desemboca en la sustitución del objeto perdido, pero plantea el lugar de éste como ocupable, expresando: "...se sabe que el duelo agudo que causa una pérdida semejante hallará el final, pero uno permanecerá inconsolable sin hallar jamás un sustituto... Todo lo que tome ese lugar, aun ocupándolo enteramente, seguirá siendo siempre algo distinto" (cit en Allouch, 2011).

2.2- Reconsideraciones de la teoría freudiana del duelo

A partir de la teoría del duelo plasmada por Freud en "*Duelo y Melancolía*", varios autores, y en especial Lacan, reconsideran varios de sus conceptos, presentando su propia versión del duelo.

De acuerdo con Allouch (2011), uno no está de duelo por la muerte de cualquier ser querido, sino por aquel que se lleva consigo un pequeño "trozo de sí". Dicho "trozo de sí" es de pertenencia indeterminada hasta el momento en que se lo cede al muerto, acto que pone término al duelo.

En relación a lo antedicho, una de las objeciones que Allouch (2011) le hace al psicoanálisis, es la reducción del duelo a un trabajo, reivindicando su estatuto de acto, en tanto capaz de efectuar una pérdida sin ninguna compensación. De este modo se marca una distinción entre trabajo de duelo y subjetivación de la pérdida.

De acuerdo con esta última, Bacci (2017) plantea que la intensidad del duelo va a estar determinada por el vínculo que se tenga con el objeto perdido, abriendo esta pérdida un espacio para la subjetivación, en el cual tendrá lugar el duelo. Es decir que la pérdida genera una acción psíquica particular en cada sujeto, dependiente de su historia vincular, que tendrá como efecto la producción de sentido sobre lo acontecido.

2.2.1- Aportes de Melanie Klein y Lacan acerca del duelo

Como ya se mencionó, Klein y Lacan van a hacer aportes a la teoría freudiana del duelo, planteando sus propias concepciones acerca del mismo, y de la función del trabajo de duelo.

Melanie Klein (1940), expresa que en el duelo normal el sujeto a través del trabajo de duelo restablece en su Yo a la persona amada y perdida, pero no lo hace por primera vez, ya que además va a reinstalar a los objetos internos amados que se hicieron parte de su mundo interno desde las fases tempranas de su desarrollo, y que sintió que había perdido. En este sentido plantea que el dolor que se experimenta durante el trabajo de duelo se debe no solo a la necesidad de renovar los vínculos con el mundo externo y así reexperimentar la pérdida continuamente, sino que también y por medio de ello, a la reconstrucción del mundo interno que se siente en peligro de deterioro. Siendo así, el sujeto vencerá su pena y recobrará paz y armonía cuando reinstale dentro de sí a la persona perdida y a los objetos internos amados, y logre reconstruir su mundo interno.

A diferencia de Freud, Klein (1940) considera la situación de duelo como una enfermedad, expresando que estar de duelo es estar enfermo, pero como ese estado mental es común y nos parece natural, no llamamos enfermedad al duelo.

En tanto que Lacan (1958-1959) plantea, que el duelo es una pérdida intolerable, que produce un “agujero en lo real”, y desordena el universo simbólico del sujeto.

Apolo (2011), considerando los aportes de Lacan, expresa que el duelo se presenta como la oportunidad para revisar su relación con la pérdida que lo fundó como tal y producir la recomposición significativa. Contribuyendo el trabajo de duelo a dicha recomposición, la cual cumple una función subjetivante para el sujeto, en tanto está ligada al acto de nombrar la incógnita que la muerte es para él. Es decir que el trabajo de duelo, el cual es simbólico, posibilita ir rearmando rasgo por rasgo, lo que permite subjetivar la pérdida e ir elevándola a la categoría de falta, recomponiendo así la cadena significativa y transformando el lazo del sujeto al objeto perdido. Siendo la función del duelo, no la sustitución del objeto, sino el cambio de la relación con el objeto, constituyéndose este en objeto de deseo, lo que posiciona al sujeto como deseante.

De este modo, el trabajo de duelo es planteado por Lacan (1958-1959) como una satisfacción, ante la insuficiencia de significantes para recubrir el “agujero en lo real” originado por la pérdida.

En este sentido, se puede hablar de dos movimientos a gestarse en el estado de cosas que es el duelo. El primero consiste en el “agujero en lo real” que produce la pérdida del objeto de amor, y el pronunciamiento de la realidad, de que el objeto no existe más. El segundo refiere al retiro de la libido del objeto, y la vuelta del mismo al Yo, pudiéndose pensar esta vuelta de la libido como la vuelta de la falta al sujeto, conllevando a que éste reconozca en que le ha faltado al Otro para representar su falta. En relación a ello, cuando perdemos un objeto de amor la primera reacción es identificarse con el mismo, porque ese objeto de amor es propio y tiene toda la carga narcisista, ya que la elección de objeto es siempre narcisística. Por tanto, en la pérdida del objeto de amor está involucrado el narcisismo, la imagen del Yo. Siendo así, se está de duelo por aquel objeto que “nos hace falta” y para el cual podemos decir “yo era su falta”; presentándose el duelo como la ocasión para retransitar la falta objetual que nos engendra como sujetos y para reencontrar la falta inaugural de la condición subjetiva (Apolo, 2011).

Es este entramado entre la falta y el objeto, y las batallas de ambivalencia que debe llevar a cabo el que está de duelo - para vencer la pérdida del objeto y así triunfe el Yo sobre el Objeto-, lo que no permite que se pueda estandarizar el tiempo de duelo, sino que este tiempo y el modo en que se realice dicho trabajo va a ser muy singular.

2.2.2- Aportes de Allouch sobre el trabajo de duelo: ¿Prueba de realidad?, ¿Sustitución de objeto?

Considerando la versión Freudiana de trabajo de duelo, que plantea que al acabar del mismo el sujeto va a ser capaz de reconocer la inexistencia del objeto de amor, Allouch (2011) expresa que en la realidad el muerto no tiene el estatuto de inexistente, sino de desaparecido. En este sentido, un desaparecido es algo que puede reaparecer en cualquier lugar y momento, por lo que no habría prueba de realidad para quien está de duelo; siendo la realidad para él una zona de experiencia subjetiva, en la cual no es posible probar la muerte del objeto de amor.

Dicha objeción se basa en una experiencia de carácter clínico, referente a la creencia del enlutado de haber encontrado en determinado lugar y momento al objeto perdido, dada la semejanza de la imagen percibida y la imagen que el sujeto guarda de aquel al que acaba de perder. Sin embargo la comprobación de que la imagen percibida no corresponde al objeto perdido no modifica su estatuto de desaparecido, ya que este podría estar en otro lugar. Evidenciándose así que la realidad no permite ninguna prueba, y que la experiencia del duelo constituye un cuestionamiento y una pérdida de la realidad. Considerándose más apropiado hablar de “darse cuenta” que de “examen de la realidad”, ya que expresaría mejor esa subjetivación de la “no existencia” ante la desaparición.

La ausencia de prueba de la realidad, pone en cuestión la noción de “trabajo de duelo” de Freud, ya que este es definido en base al acatamiento de la realidad.

En tanto que las nociones de “prueba de la realidad” y “trabajo de duelo” ya no son evidentes para algunos autores, es puesta en cuestión también la idea de objeto sustituto, ya que la posibilidad de sustitución de acuerdo a la teoría freudiana estaría dada por el trabajo de duelo, el cual se sustenta en la prueba de la realidad.

En este sentido la idea de objeto sustituto es interpretada por otros autores como romántica y estafalaria, ya que da al sujeto la ilusión de un reencuentro con el objeto de amor, es decir fija al enlutado en el recuerdo. Al respecto, considerando los aportes de Lacan (Allouch, 2011), puede decirse que no hay objeto sustituto, porque el objeto de amor no es situado por el recuerdo sino por la repetición, y en la repetición lo que cuenta es la imposibilidad para que la segunda vez sea igual a la primera.

Cap. 3- Duelo en la Infancia

A continuación se desarrollará el duelo en la infancia, desde la perspectiva de diferentes autores, tales como Tizón, Aberastury, Donzino, Ihlenfeld de Arim, Pelento y Scalozub, los cuales si bien todos siguen una línea psicoanalítica, también algunos de ellos se ven atravesados por otras disciplinas, que se reflejan en su planteamiento de la temática. En este sentido los aportes de Tizón se pueden ver atravesados por concepciones más propias de la medicina ya que además de psicólogo y psicoanalista es neurólogo y psiquiatra.

De acuerdo con Aberastury (1973): “el niño no conoce muy bien el proceso de la muerte, pero experimenta su ausencia, la cual vive como abandono” (p.697). Manifestando inclusive su temor respecto a la misma, la más de las veces no a través del lenguaje verbal sino del no verbal.

Considerando a Tizón (2013) la complejidad conceptual, afectiva y experiencial que la muerte implica, no puede ser aprehendida de manera total e integrada por el niño; lo que no implica que éste no piense y se interrogue acerca de la muerte e incluso se angustie por ella. Siendo así, lo que los niños piensen acerca de la muerte dependerá de su edad, de su madurez, de su capacidad de conceptualización, de sus experiencias personales así como también de las familiares, de lo que oye y siente en su entorno; por lo que, si su medio social o familiar tiende a negar o desvincularse de la realidad que la muerte implica, el niño encontrará mayores dificultades cognitivas y afectivas para encarar la misma.

Las vivencias que el niño tenga de la muerte tienen que ver también con la predominancia que el egocentrismo y la omnipotencia tienen en su mundo interno. Siendo así su egocentrismo, es decir su centramiento en su Yo en construcción, puede hacerle sentir la muerte al niño, como un castigo tanto para el otro como para él mismo, que se ve privado del cariño del allegado perdido. En este sentido puede sentir también que la muerte tiene que ver con sus fantasías y deseos omnipotentes, lo que conlleva a sentimientos de culpa y autoacusaciones. Por esta razón la muerte de progenitores o hermanos en la infancia supone un factor de riesgo para la salud mental posterior, en particular si nadie ayuda a que el niño elabore sus afectos y representaciones, lo cual resulta muy difícil para hacerlo solo (Tizón, 2013).

Según Tizón (2013), los niños son capaces de experimentar procesos de duelo y de elaborar pérdidas importantes y complejas, con el apoyo y la contención

adecuada, aunque con características diferentes a los adultos, quienes tienen sus sistemas biológicos, sociales y mentales desarrollados. Sin embargo los duelos afectarían más a los niños y podrían crear vulnerabilidades posteriores, dado que sus defensas y su Yo no se encuentran completamente desarrollados e integrados, así como tampoco sus “estrategias de afrontamiento”¹.

En esta misma línea, Ihlenfeld de Ariam (1998) expresa que la pérdida de una de las figuras parentales supone para el niño una particular exigencia de trabajo psíquico, que necesita de la disponibilidad de los adultos del entorno, dado que esta separación irruptiva, esta ausencia irreversible golpea su narcisismo en momentos formadores del Yo, e implica el desvanecimiento de un vínculo proveedor de sostén, que lo conduce a vivencias de desamparo y sentimientos de soledad. En concordancia con esto, Pelento (1998) manifiesta que las pérdidas ocurridas en la primera infancia, requieren un trabajo psíquico extra, dada la imposibilidad de recurrir a los recuerdos; por lo que la simbolización y elaboración de la pérdida dependerá de lo transmitido por el entorno.

El mundo interno del niño se encuentra poco establecido, por lo que la pérdida de un objeto real, externo y significativo, conllevará una “sacudida” de dicho mundo interno, dado que el niño depende de los objetos externos para mantener la coherencia y estabilidad de su mundo interno y del sí mismo; siendo además estos objetos externos más relevantes para la estructura del mundo interno del niño, en la medida en que hayan desarrollado menos relaciones con los objetos sustitutos, es decir con aquellos simbólicamente representativos de los objetos nucleares (Tizón, 2013).

Los procesos de duelo en los niños de acuerdo con Tizón (2013) se diferencian de los de los adultos, dada su fragilidad o no integración de las defensas, su necesidad de la presencia real de los objetos – la cual hace más grave, irreparable, profundo y doloroso el duelo en los niños-, su menor desarrollo cognitivo, su inmadurez afectiva, y sus modos particulares de expresión, como el juego, el cual le posibilita comprender, elaborar y aceptar.

La fragilidad o no integración de las defensas refiere, a la incierta y cambiante diferenciación entre fantasía y realidad en los niños, dado que las defensas ante el dolor y el conflicto mental se encuentran poco desarrolladas, predominando las fantasías, defensas y ansiedades psicóticas, ante las neuróticas y adaptativas. En este

¹ El autor no especifica a que refiere con este concepto.

sentido el hecho de que los niños participen de los ritos funerarios contribuye a dicha diferenciación, si por el contrario se los excluye de los rituales, se libra el duelo a la fantasía, la cual muchas veces puede resultar más terrorífica y ansiógena que la realidad (Tizón, 2013).

Su menor desarrollo cognitivo, conlleva a que los niños no puedan comprender cabalmente lo sucedido, ya que no cuentan con la experiencia suficiente y los recursos cognitivos como para entender la muerte, si bien son capaces de experimentar profundas emociones ante la pérdida (Tizón, 2013).

En cuanto a la inmadurez afectiva de los niños, ha de destacarse la alternancia afectiva, dado que no son capaces de tolerar durante mucho tiempo el dolor intenso, alternan la tristeza y el llanto con momentos de risas, juegos e incluso hiperactividad. Siendo esta última una reacción frecuente en los niños, ante la pérdida de un familiar, en caso de que esta se exacerbe o persista en el tiempo puede dar lugar a trastornos psicopatológicos (Tizón, 2013).

En este sentido será de ayuda que los adultos puedan explicar al niño con palabras y conductas, que la ira y el llanto son respuestas naturales ante la pérdida. De modo que si el adulto muestra aunque sea ocasionalmente su dolor, “habilita” al niño a manifestar el suyo, así como también contribuye a que éste pueda interpretar en cierta medida lo que está pasando. De esta manera si las pérdidas son adecuadamente contenidas y ayudadas a elaborar, la afectación a largo plazo será menor, ya que la flexibilidad del mundo interno del niño y de sus defensas lo dotan de una mayor capacidad de resiliencia y de adaptación que los adultos, ante las pérdidas (Tizón, 2013).

3.1- Trabajo de duelo en la infancia

La dificultad que el niño presenta para llevar a cabo el examen de realidad, instancia clave para que tenga lugar el trabajo de duelo, dado que su psiquismo presenta una dificultad de enlaces, un vacío, que le genera angustia y dolor, conduce al trabajo de duelo en la infancia a una especie de “stand-by”, para ser procesado en momentos posteriores de su vida y de sus avatares en su estructuración psíquica; generándose en el entretanto un tiempo de tránsito hacia la elaboración y la simbolización, que tendrá lugar en los procesos mentales intrapsíquico, es decir en la trama familiar. En

este sentido la pérdida de una figura significativa en la infancia, produce un desequilibrio narcisista que requiere ser metabolizado en los vínculos. Es decir, va a ser en la trama vincular familiar que se sostendrá la organización de las defensas y donde el examen de realidad tendrá lugar (Scalozub,1998).

Donzino (2003) , considerando los aspectos que Freud expresa como parte del trabajo de duelo, es decir el examen de realidad, lo lento del proceso y la elección narcisista, plantea que tanto la construcción de la realidad como la constitución del Yo se encuentran en la infancia en proceso de estructuración. Cuestionándose así si el niño está preparado para realizar el examen de realidad y la elección narcisista que dicho trabajo requiere. Siendo que tanto su relación con la realidad como la construcción de su narcisismo requieren de tiempo y de la apoyatura de los objetos externos. En tanto que el trabajo de duelo planteado por Freud, requiere que la categoría de objeto ausente se haya simbolizado.

En este sentido Klein (1940) plantea que el niño se encuentra en pleno proceso de lucha contra el miedo de perder a su madre externa e internamente, ya que no ha logrado establecerla dentro de sí de un modo seguro, siendo de gran ayuda para esta lucha su presencia real. De este modo lo que ayuda al adulto a vencer la pérdida real de una persona amada, es el haber establecido dentro de sí una buena imago materna. Siendo que la pérdida del objeto de amor revive la posición depresiva infantil, cuya modificación y vencimiento implica que el sujeto reinstale en él sus objetos de amor reales perdidos y sus primeros objetos amados, es decir a sus padres buenos. Conduciendo esto a que el sujeto reconstruya y recobre seguridad en su mundo interno, y así poder vencer la pena causada por la pérdida.

En esta línea Pelento (1998) manifiesta que el registro de las categorías ausencia-presencia, son adquisiciones que se van logrando a lo largo de la estructuración del psiquismo. Siendo así el estatuto de la pérdida en el niño va a depender del momento de la estructuración psíquica en que se encuentre. En tanto que la pérdida sea considerada estructural para el aparato psíquico, la elaboración del duelo será posible cuando dichas categorías de presencia- ausencia se encuentren constituidas. Siendo además la prueba de realidad a su entender, no solo una distinción entre lo externo y lo interno sino que también contribuye a la modificación del mundo interno, de los deseos y expectativas. Planteando que el decir de los adultos que rodean al niño sobre lo acontecido, va a devenir prueba de realidad.

Al respecto de los avatares en la estructuración psíquica Donzino (2003) distingue cuatro momentos: antes de los seis meses de edad, desde los seis meses al año y medio, entre los dieciocho meses y los dos años, y a partir de los tres años.

Antes de los seis meses la capacidad simbólica del niño no permite una representación psíquica del objeto, como externo a él, no pudiendo ser la pérdida significable como tal, sino sentida como una ausencia infinita o como un agujero en su cuerpo. Será el discurso familiar el que aporte elementos para una posterior elaboración, de haber dejado esta pérdida marcas en el niño.

Desde los seis meses al año y medio, la capacidad simbólica presenta otro panorama, pudiendo el niño diferenciar a la madre como un objeto externo e independiente a él. En este momento la posición depresiva infantil plasma en el psiquismo la posibilidad de perder totalmente al objeto amado, estando el Yo unificado del niño en condiciones de soportar el dolor por su odio hacia el objeto. Surge también en este momento la pulsión de dominio, que permite el juego del fort-da, el cual es central para la adquisición de la categoría simbólica de la ausencia. Las pérdidas reales en este período dejarán al niño sin el soporte identificador, que el objeto era para él, soporte que lo sostiene en tanto ser.

De los dieciocho meses a los dos años, la adquisición del lenguaje aporta mayor poder representacional. Aparece en este momento la capacidad de experimentar culpa y la fantasmización de escenas posibilitada por la existencia de símbolos e imágenes, que permitirán el despliegue lúdico y la interpretación de los hechos de acuerdo a las modalidades pulsionales predominantes.

A partir de los tres años, el juicio de existencia y el examen de realidad, en tanto condiciones para la elaboración del duelo, están sostenidos por las palabras que otros dan sobre la pérdida, siendo a partir de ese discurso que el niño podrá desplegar su curiosidad y necesidad de comprender lo sucedido. En este período el dominio del lenguaje y de la simbolización, permitirán al niño recrear y elaborar mediante el juego la relación con el objeto perdido.

3.2- Duelo en la infancia: ¿Sano o patológico?

De acuerdo con Tizón (2013) los psicoanalistas e investigadores se han dividido en dos grupos respecto el modo de entender el duelo en la infancia. Por un lado están los que entienden que las reacciones ante el duelo son siempre patológicas, afirmando que es inevitable dicha respuesta patológica en la infancia. Como en el caso de Melanie Klein que considera, como ya se mencionó, que estar de duelo es estar enfermo.

En lo que a ello refiere se podría considerar que los distintos autores referenciados, al exponer sus casos clínicos en los respectivos textos, dejan también entrever, por ejemplo cuando describen los síntomas, que podría haber algo de patológico en el duelo infantil.

Por otro lado están aquellos, más bien de orientación cognitiva, que sostienen que es posible que el niño desarrolle un duelo sano, una elaboración si bien no completa al menos suficiente para la vida, para sus relaciones y su salud mental. Esto será posible si al niño se le proporciona ayuda, contención y funciones emocionales para la elaboración del trabajo de duelo, así como también, si se le proporciona un sustituto real o simbólico de lo perdido. Dado que la elaboración del duelo depende de los medios de contención emocional, y de la capacidad de resiliencia tanto individual como social.

Al respecto Ana Freud (1960, cit. en Tizón, 2013) define como duelo sano:

El esfuerzo exitoso de un individuo por aceptar que se ha producido un cambio en su mundo externo y también que él debe realizar los cambios correspondientes en su mundo interno, representacional, y reorganizar y quizá reorientar, en consecuencia, su conducta de apego. (p. 216)

Según Tizón (2013), si dicha definición es considerada en sentido conductual, no simbólico, debe tenerse en cuenta, como ya se mencionó anteriormente, que el Yo del niño, es débil y poco desarrollado como para llevar a cabo el trabajo de duelo

En este sentido, en la actualidad, la comunidad científica¹ se inclina por esta segunda perspectiva del duelo en la infancia, sin desconocer la gravedad que las

¹ El autor no especifica a que comunidad científica refiere.

pérdidas importantes, significan para el desarrollo infantil, pero si promoviendo evitar que esa pérdida se convierta en un impedimento para dicho desarrollo (Tizón, 2013).

3.3- Dolor psíquico en la infancia

Scalozub (1998) plantea considerando a Freud la dificultad del niño para soportar el dolor psíquico, producto de la añoranza del objeto perdido. En este sentido el niño en tanto su condición de sujeto dependiente de otro, de su necesidad de un otro significativo- lo cual conlleva la investidura de sus representaciones de objeto-, hará que el dolor psíquico pueda tornarse insoportable para su psiquismo inmaduro. Siendo así, el dolor en el niño suele expresarse en dolor corporal. Cuanto más pequeño sea el niño más lugar van a tener estas expresiones corporales, es decir se va a investir narcisísticamente un lugar herido del cuerpo, siendo a través de este que se manifiesta el dolor psíquico. El abandono de las investiduras narcisistas para mudarlas a investiduras de objeto o la sobreinvestidura de las representaciones de objeto, es decir, el dolor psíquico, implica un desasimiento de la ligazón con el objeto, lo cual promueve un estado psíquico de desamparo, que el niño no siempre puede tolerar. Siendo la angustia el afecto predominante, y viéndose el tránsito por el dolor psíquico y el duelo siempre acompañado de procesos defensivos que darán el tiempo necesario para su elaboración. Pudiendo la angustia – la cual puede sustraer al niño de su interés por el alimento, la actividad lúdica, o interferir en el sueño- y el dolor conducir al niño a una situación traumática, dada por la imposibilidad de otorgar significado a lo vivido.

Cap. 4- Los adultos ante el duelo de un niño, e importancia del sostén familiar

Aberastury (1973) expresa que muchas veces ocurre que los adultos tienen temor de hablar sobre la muerte a los niños, lo que lleva a que les mientan o no respondan a sus preguntas ante esta, como si de esa manera los protegieran del sufrimiento causado por la muerte. Por el contrario, estas mentiras e incomprensión de los adultos provocan más dolor y problemas, dado que el hablar sobre la muerte no crea ni aumenta el dolor, sino que la verdad sobre lo ocurrido contribuye a aliviar al niño y a

poder elaborar la pérdida. En este sentido estas mentiras u ocultamiento de la verdad por parte de los adultos, generan en el niño un sentimiento de confusión y de desesperanza ya que siente que no tiene a quien recurrir porque ya no cree en ellos. Provocando también dicho ocultamiento, dificultades en el trabajo de duelo, siendo este muchas veces una proyección de su parte infantil que no quiere saber la verdad.

En esta misma línea, hay adultos que creen que el niño no es capaz de comprender una explicación verbal de lo ocurrido, pudiendo causar la ausencia de dicha explicación una traba en el primer momento de elaboración del duelo, que implica la aceptación de la ausencia definitiva de un sujeto. Dado que la primera reacción ante la pérdida es la negación de lo ocurrido, por lo que el ocultamiento reforzaría dicha negación. En este sentido, el niño espera que el adulto le diga la verdad, y esa esperanza de la verdad funciona como negación de la muerte, contribuyendo el adulto en ciertas ocasiones, por ejemplo, cuando lo esperanza del regreso de alguien que nunca volverá, a un sentimiento de frustración, además del dolor y la confusión sentida. Siendo así se establece una lucha entre la convicción de lo acontecido, percibido por el niño, y lo transmitido por el adulto (Aberastury, 1973).

Es importante mencionar que las apreciaciones que esta autora hace sobre las dificultades que se pueden encontrar en el proceso de duelo de un niño, se sostienen en la clínica infantil.

En concordancia a lo planteado por Aberastury, Tizón (2013) expresa, la importancia de transmitirle al niño que su dolor y sus deseos ante la pérdida son comprendidos, lo cual lo ayudará también a estar de acuerdo con su experiencia y así poder nombrarla, comprenderla y elaborarla.

En este sentido, Scalozub (1998) manifiesta que la ausencia definitiva que la muerte implica no puede ser aprehendida por un niño sin un trabajo psíquico, que sea sostenido por los adultos significativos a cargo de él. De este modo, los adultos deben sostener las defensas¹ desarrolladas por el niño, porque serán dichas defensas las que darán el tiempo para que el trabajo de duelo se inicie. Asimismo Tizón (2013) expresa, considerando que el niño a lo largo de su desarrollo necesita de figuras de apego, que ante la pérdida de una figura significativa es imprescindible que sea acompañado y contenido por otras personas, que le den el plus de contención y de defensas externas necesarias para su elaboración.

¹ En el texto el autor refiere a la negación y la desmentida.

En ocasiones, junto con los mecanismos defensivos, se ponen en juego creencias, las cuales en la medida en que no sean dogmáticas, contribuyen a hacer más soportable el dolor y la angustia; ya que al ser sostenidas de manera transitoria por el entorno del niño, permite que la realidad vaya penetrando progresivamente, hasta que la prueba de realidad le sea posible al sujeto (Scalozub, 1998).

Dichas creencias refieren tanto a la alucinación del objeto perdido, que es llevada e investida fuertemente en la conciencia generando una creencia en la realidad de lo percibido (por ejemplo una niña que va a visitar la sepultura de su madre al cementerio, y dice haberla visto y hablado con ella), como a las explicaciones de carácter mitológico brindada a los niños respecto a la muerte, es decir aquellas que en realidad no son creencias de los adultos, sino un intento de estos por explicar lo que resulta inexplicable, como sucede en muchos casos con la explicación de “se ha ido al cielo”.

Al respecto, Tizón (2013) expresa que lo que se le dice al niño y cuando se le dice va a influir en el desarrollo de su proceso de duelo, en este sentido si la familia no tiene totalmente integradas esas “creencias” que le transmiten al niño, éste puede percibir dicha discrepancia, entre lo que le dicen y lo que piensa la familia, lo cual conlleva dificultades para la elaboración del proceso de duelo, no solo a nivel cognitivo sino también emocional, encontrándose dichas dificultades también cuando se le transmiten al niño mensajes que no están dentro de sus capacidades cognitivas y/o emocionales. En este sentido, Ihlenfeld de Ariam (1998) dice que “los mensajes familiares que obedecen a convicciones ajenas a la realidad sobre la muerte dificultan la subjetivación de la pérdida por parte del niño” (p.49). En concordancia con esto, Aberastury (1973) expresa que las versiones transmitidas a los niños del estilo “se fue al cielo” incrementan su anhelo de seguir el destino del objeto perdido, lo cual trava la elaboración del procesos de duelo y el procesos de conocimiento.

De este modo, el adecuado posicionamiento simbólico de los adultos ante las pérdidas tempranas puede actuar impidiendo que la conmoción generada desmorone las categorías ya adquiridas o altere su construcción. Implicando ese posicionamiento sostener las diversas manifestaciones de inquietud, de desborde emocional y pulsional, las cuales a veces se hacen visibles en alteraciones pasajeras de conducta (Pelento, 1998).

La función de sostén del adulto permite que el niño vaya conociendo la realidad de manera dosificada. Sin embargo, si el adulto a cargo se encuentra afectado por la pérdida, la función de sostén podría invertirse y verse el niño “dando consuelo”, es

decir que en los avatares del duelo las posiciones ocupadas en la trama vincular familiar pueden cambiarse, invertirse o sufrir distorsiones. Cabe destacar, además, que la trama familiar se ve atravesada por la cultura, y en este sentido no hay que desconocer lo acelerado de los tiempos que corren, que impulsa a resoluciones rápidas y adaptaciones eficientes, difiriendo así de los tiempos y el sostén afectivo requerido por el trabajo del duelo (Scalozub, 1998).

En relación a la inversión de la función de sostén, Tizón (2013) expresa que los niños, tras la pérdida de un familiar, suelen mostrarse durante un tiempo preocupados y ansiosos por el o los progenitores sobrevivientes, pudiendo incluso modificar su personalidad para convertirse en cuidadores compulsivos de estos, o de sus sustitutos simbólicos, como así también de los del muerto. Siendo los sustitutos simbólicos es decir aquellos objetos que sustituyen simbólicamente pero no realmente al objeto perdido, de gran importancia para el mundo interno del niño.

4.1- Duelo por figuras parentales

Ihlenfeld de Ariam (1998) manifiesta que ante la pérdida de uno de los progenitores el niño perderá también al menos momentáneamente la posibilidad del encuentro con el otro progenitor. Dada la retracción narcisista que implican ciertos momentos del duelo, la cual incide en el reconocimiento que puede hacerse de las necesidades del otro. Siendo así, el niño puede quedar muchas veces desinvertido, otras podrá quedar aferrado a una figura parental que lo necesita para obturar el vacío y el dolor de la muerte, o en otros casos podrá verse atravesado por mecanismos defensivos que se han rigidizados en el padre o madre frágil y que llevarán a que utilice mecanismos desestimatorios de diferentes aspectos de la realidad.

Por lo tanto, cuando a un niño se le muere uno de sus padres se verá inmerso en un clima de inestabilidad, con vivencias de riesgo respecto a sí mismo, a los otros y a sus vínculos afectivos. Siendo que además de la pérdida afectiva pierde también la ilusión de omnipotencia, en lo que refiere a la posesión de los afectos, la irreversibilidad de la ausencia, y la posibilidad de su propia muerte (Ihlenfeld de Ariam, 1998).

El clima de inestabilidad que el duelo instaura en el niño, y como se ponen en juego las identificaciones con el objeto perdido, puede verse en el caso de Esther, expuesto

por Ihlenfeld de Ariam (1998). Esther es una niña de seis años, cuyos padres consultan dada la dificultad que presenta para separarse de la madre. A lo largo del proceso se logró que dicho vínculo se vaya abriendo, dejándose entrever la conflictiva edípica, con ambivalencia hacia los dos padres. A los dos años de iniciado el análisis, la mamá de Esther muere en un accidente de auto, en el que también iban la niña y sus tres hermanos. En ese momento Esther era una niña vital, que disfrutaba de sus actividades, y que en las sesiones desplegaba un rico mundo de fantasías tanto a nivel lúdico, verbal como gráfico.

En la sesión tras la muerte de la madre, lloró mucho, sin decir nada, asistida y compartida en su dolor por su papá; quien cabe destacar se mostró todo el tiempo cerca de sus hijos, intentando entender lo que estaban sintiendo. A la sesión siguiente llegó vestida con un buzo que había sido de su madre, negro y blanco, a rayas, que le llegaba casi a las rodillas y que no dejó de usar durante mucho tiempo. Durante las sesiones se presentaba quieta, sentada, sin hablar, con expresión lívida pero sin llorar. Así quedaba el impacto de lo vivido, puesto en su cuerpo, en su gestualidad estupefacta, en la palidez de su piel y el color de la ropa elegida. Siendo este el modo que Esther encontró para decir de sí. Se aproximaba a la realidad de la muerte a la vez que tapaba la ausencia materna con su propia presencia viva pero sin vida dentro del buzo de la madre. Poniendo en acto así una particular identificación con su madre, la cual por un lado testimoniaba su ausencia, y por otro alimentaba su presencia viva en su interior. De este modo su Yo, a la vez que evitaba la muerte del objeto, quedaba invadido por la propia situación de muerte, lo que da cuenta de una identificación fusional con el objeto perdido, refiriendo esto a un mecanismo mental que condensa su saber y su necesidad de desconocer (Ihlenfeld de Ariam, 1998).

De este modo, en este periodo, la recomposición de lo vivido quedó paralizada. Pero poco a poco se fue abriendo un periodo en que Esther pudo ir expresando más de sí, a través de distintos recursos simbólicos; como lo fueron las historias policiales que escribía en las sesiones, donde siempre había un muerto, y una mujer o niña que indagaba como se había producido el hecho.

En la medida en que su trabajo de elaboración se tornó más fértil, pudo ir dejando el ropaje materno, pasando a usar vestidos que su madre le había comprado. De este modo la identificación inicial fusional, en la que su cuerpo era testimonio de la presencia en ella del objeto muerto-vivo, comenzó a ser mentalizada a través de una doble pero discriminada identificación, por un lado con un objeto vital con fuerzas para explorar la realidad de lo acontecido, y por otro con el muerto y las circunstancias de la

muerte. Siendo así, la desmentida de la realidad va cediendo, y la escisión se mantiene ya no tanto como hendidura yoica sino como palanca para la integración.

En concordancia con este caso, Ihlenfeld de Ariam (1998) expresa, que las posibilidades que el niño tenga de recurrir a las palabras que den cuenta de las representaciones vinculadas a la pérdida, dependen de la transmisión verbal que los adultos puedan hacer al niño de lo ocurrido, de la subjetivación que estos hagan de la pérdida. Si los adultos no le brindan representaciones, la elaboración y simbolización de la pérdida podría quedar trabada. Dado que dichas representaciones permitirán que se vayan modificando las identificaciones con el objeto perdido, las cuales se caracterizan por ser masivas y fijas lo cual conduce a la indiscriminación Yo-objeto, marcando el destino que dichas identificaciones tomen, el trabajo de duelo. Siendo así, la subjetivación de la pérdida permite que las identificaciones se movilicen y se desplacen del estado fantaseado del objeto perdido - el cual en un principio no es concebido ni vivo ni muerto- a sus funciones vitales. Las identificaciones suelen tomar cierta fuerza cuando se trata de la pérdida de una figura que es objeto pulsional y objeto de identificación a la vez, como en el caso de los padres.

En la viñeta clínica queda evidenciado como el proceso de duelo va a depender de los tiempos de los que cada niño disponga para procesar la pérdida, lo cual depende en gran medida del momento de la estructuración psíquica en que este se encuentre, así como también del sostén familiar que le sea propiciado. En este sentido, cabe destacar la importancia de respetar estos tiempos para elaborar la pérdida, así como también las defensas que el niño desarrolle, en la medida en que no obturen el proceso de duelo por quedar enquistadas. En el caso de Esther se puede ver como gracias al apoyo del entorno, en lo que respecta a sus tiempos y defensas, su proceso de duelo fue evolucionando, de una identificación con su madre muerta, momento en que no le era posible simbolizar acerca del hecho ocurrido, a un momento de simbolización y representación, donde la elaboración y la escisión Yo/ no Yo se hicieron posibles. En lo que a ello refiere, es importante considerar además, el hecho de que la pérdida se dio en momento en que la niña atravesaba un proceso de análisis, desde hacía dos años, lo cual podría pensarse que también influyó en el modo en el que se dio su tránsito por el proceso de duelo.

Conclusión

A lo largo de la revisión bibliográfica se fue delineando la perspectiva de distintos autores respecto al duelo en la infancia, encontrando muchas coincidencias entre ellos así como también diferencias en la visión del tema.

En primer lugar, cabe destacar que el trabajo de duelo de acuerdo con Freud, se produce a través del examen de realidad, cuyo acatamiento conlleva un retraimiento de la libido del objeto perdido, con el que luego se investirá a otro objeto sustituto de este, culminando así el proceso de duelo. Es decir que el duelo para Freud tiene salida, a través de un objeto sustituto. También es importante considerar que la teoría freudiana del duelo se convirtió en un modelo explicativo para pensar las pérdidas, conllevando a la igualación de esta última con el duelo.

Respecto a esta teoría sobre el trabajo de duelo planteada por Freud, pudo observarse que distintos autores la ponen en "cuestión" cuando se trata del duelo en la infancia, planteando la dificultad que el niño va a encontrar para llevar a cabo dicho trabajo. Hablamos de que la ponen en cuestión en entrecorchetes porque en realidad cuando Freud escribe "*Duelo y Melancolía*" no lo hace pensando en el duelo en la infancia, ni si quiera tenía la finalidad de teorizar acerca del duelo. Mientras que los autores referenciados que hablan de duelo en la infancia, desde una perspectiva psicoanalítica, con gran influencia de Freud, llegan a plantear cuestiones que Freud no consideró en su artículo.

En este sentido Donzino y Scalozub, exponen la dificultad que el niño va a encontrar para realizar el examen de realidad, dada sus condiciones psíquicas, siendo dicho examen de suma importancia para que se de lugar al trabajo de duelo. Al respecto Scalozub plantea la inmadurez del aparato psíquico y su dificultad para hacer enlace con la realidad. En tanto que Donzino (2003) expresa que esta dificultad se vincula a que en la infancia la construcción de la realidad se encuentra en proceso de estructuración al igual que el Yo del niño, lo que dificulta también la elección narcisista que el trabajo de duelo requiere. De acuerdo con este autor, dicho trabajo solo podrá realizarse cuando la categoría de objeto ausente se haya simbolizado; así como para Scalozub (1998) quedara en "stand-by", para ser procesado en momentos posteriores de la estructuración psíquica.

De este modo el estatuto de la pérdida y por tanto la realización del trabajo de duelo, al igual que expresa Pelento (1998), dependerá del momento de la estructuración psíquica en que se encuentre el sujeto.

Por tanto, si bien la realización del trabajo de duelo depende de lo antes expuesto, todos los autores referenciados coinciden en destacar la importancia que tiene el entorno del niño, es decir su familia o adultos a cargo, en la elaboración del duelo. En este sentido Scalozub (1998) expresa que la ausencia definitiva que la muerte implica no puede ser aprehendida por un niño si un trabajo psíquico que sea sostenido por los adultos. Así como Pelento e Ihlenfeld de Ariam quienes manifiestan, que la elaboración y simbolización de la pérdida dependerá de lo transmitido por el entorno. Pelento (1998) expresa además, que el adecuado posicionamiento simbólico de los adultos ante las pérdidas tempranas, puede actuar impidiendo que se desmoronen o alteren las categorías ya adquiridas por el niño.

Si bien todos los autores destacan la importancia del sostén familiar, se encuentran diferencias en el entendimiento del mismo. En virtud de ello, Aberastury plantea la importancia de hablar con la verdad sobre lo ocurrido, para así aliviar al niño y contribuir a la elaboración de la pérdida, entendiendo que las mentiras u ocultamientos dificultarían el trabajo de duelo. También considera que la transmisión de ciertas versiones sobre la muerte y el muerto (por ejemplo “se fue al cielo”) podrían dificultar la elaboración de la pérdida. En cambio Scalozub considera que dichas “creencias” en la medida en que no sean dogmáticas, al ser sostenidas transitoriamente por los adultos, le permiten al niño ir conociendo la realidad de manera dosificada, hasta que la prueba de realidad le sea posible.

Al respecto cabe destacar las apreciaciones de los distintos autores, respecto al manejo que hacen los adultos de la información sobre lo ocurrido. En este sentido Aberastury no parece cuestionarse sobre la capacidad de recepción y de elaboración que pueda tener el niño ante la transmisión de la verdad sobre lo ocurrido, expresando inclusive que la mentira u ocultamiento generarían una lucha entre la convicción de lo ocurrido, percibido por el niño y lo transmitido por la familia. Si bien ninguno de los autores plantea la mentira y el ocultamiento como modos propicios para la elaboración del duelo en la infancia, algunos si admiten, como en el caso de Scalozub, la utilización de ciertas “creencias” o el sostén de ciertas defensas desarrolladas por el niño, como modos de conducir a la elaboración de la pérdida.

De acuerdo con esto, si bien Tizón no esclarece una postura en cuanto a la utilización o no de “creencias” o sobre el sostén de defensas desarrolladas por el niño,

expresa la importancia e influencia que va a tener en el proceso de duelo, lo que se le dice al niño y cuando se le dice. Planteando que, si las “creencias” no están totalmente integradas en la familia, el niño va a percibir dicha discrepancia entre lo que se dice y lo que se piensa, lo que conlleva a dificultades en la elaboración del proceso de duelo, encontrándose dichas dificultades también cuando se le transmiten mensajes al niño que no están dentro de sus capacidades cognitivas y/o emocionales.

A partir de la revisión bibliográfica llevada a cabo, se desprende que el duelo en la infancia es un proceso con características diferentes a las que se dan en los adultos, dada la inmadurez y el proceso de estructuración en el que se encuentra el psiquismo infantil. Esta condición psíquica hace que el sostén de la familia y el decir y actuar del entorno, sea de suma importancia en la elaboración y el desarrollo del proceso de duelo; condicionando así los efectos que la pérdida temprana puede tener en el niño.

Siendo así, las características que el duelo adquiera van a depender en gran medida del estado de madurez psíquica en que el niño se encuentre y del sostén que reciba por parte de su entorno. Implicando dicho sostén un acompañamiento del niño conforme a sus capacidades cognitivas y emocionales, hacia la simbolización y elaboración de la pérdida.

Referencias

- Aberastury, A. (1973). La percepción de la muerte en los niños. En Revista de Psicoanálisis; tomo 30, núm. 3 y 4 (pp.689-702). Ed: Asociación Psicoanalítica Argentina.
- Allouch, J. (2011). Erótica del Duelo en Tiempos de la Muerte Seca. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Literales.
- Apolo, G. (2011). La función del duelo es articulable con la función del padre.
- Ariès, P. (2018). El hombre ante la muerte. Barcelona, España: Taurus.
- Bacci, P. (2017) Pérdida y permanencia: el duelo en personas que donan órganos de un familiar fallecido. Montevideo, Uruguay: CSIC, UdelaR.
- Donzino, G. (2003). Duelos en la infancia. Características, estructura y condiciones de posibilidad. Recuperado de http://dspace.uces.edu.ar:8180/xmlui/bitstream/handle/123456789/282/Duelos_en_la_infancia.pdf?sequence=1
- Folta & Deck (1974). Reconstrucción social después de la muerte. En Kubler Ross, E & et.al, Sociología de la muerte (pp. 51-61). Madrid, España: Organización Sala.
- Fulton, R. (1974). La última enfermedad y la muerte: la asistencia final. En Kubler Ross, E & et.al, Sociología de la muerte (pp. 25-35). Madrid, España: Organización Sala.
- Freud, S. (1993). Duelo y Melancolía. En *Obras Completas* (Vol. 14, pp. 235-255). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1917).

- Gorer, G. (1955). *The Pornography of Death*. Recuperado de <https://www.romolocapuano.com/wp-content/uploads/2013/08/Gorer.pdf>
- Ihlenfeld de Arim, S. (1998). Duelos en la infancia. *Revista uruguaya de psicoanálisis*. Núm. 88, pp. 39-54. Recuperado de <http://www.apuruquay.org/apurevista/1990/1688724719988803.pdf>
- Klein, M. (1940). El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos. Recuperado de <https://clea.edu.mx/biblioteca/El-duelo-y-su-relacion-con-los-estados-maniatico-depresivos.pdf>
- Kubler Ross, E (1974). Lecciones de la agonía. En Kubler Ross, E & et al, *Sociología de la muerte* (pp.13- 24). Madrid, España: Organización Sala.
- Lacan, J. (1958-1959). Seminario seis: El deseo y su interpretación. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Pelento, L. (1998). Duelos en la infancia. *Revista uruguaya de psicoanálisis*. Núm. 88, pp.24-38. Recuperado de: <http://www.apuruquay.org/apurevista/1990/1688724719988802.pdf>
- Raimbault, G. (2008). *Hablemos del duelo*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Scalozub, L.(1998). El duelo y la niñez. Más allá de las fronteras del psicoanálisis. *Revista Psicoanálisis APdeBA*. Vol. XX (núm. 2), pp. 367-383. Recuperado de <http://www.apdeba.org/wp-content/uploads/Scalozub1.pdf>
- Tizón, J. (2013). *Pérdida, pena, duelo. Vivencias, investigación y asistencia*. Barcelona, España: Herder.
- Veil, C & et.al. (1974). Los problemas de la muerte. En Kubler Ross, E & et.al, *Sociología de la muerte* (pp.63- 81). Madrid, España: Organización Sala.